



## Capítulo 2

*20 de abril de 2012. Los Ángeles, California.*

*240 días para el amanecer estelar. Internándose en el umbral  
de la órbita luminosa.*



La sirena que anunciaba la hora de la comida resonó por todo el albergue. Kiara se encontraba lavando parte de su ropa, había pasado más de una semana desde que llegaron al campamento de refugiados y la situación se complicaba más a medida que pasaba el tiempo. La ciudad de Los Ángeles había quedado completamente devastada tras el terremoto y el gobierno todavía no lograba restablecer los principales servicios de agua y electricidad necesarios para la supervivencia de la población. En respuesta al peligro que significaba permanecer en una ciudad carente de las medidas sanitarias adecuadas, millones de sobrevivientes habían huido hacia las ciudades más cercanas en busca de una mejor alternativa de vida. Kiara y Shawn no habían sido tan afortunados para escapar a tiempo. Después de su estancia de cuatro días guareciéndose en el taller mecánico, habían llegado por fin al albergue, donde esperaban ganar fuerzas para salir en busca de sus familiares. Desafortunadamente, su plan se había frustrado por un suceso completamente inesperado. Tan sólo unos días atrás el gobierno federal había establecido una zona de estricta cuarentena alrededor de Los Ángeles, pues una extraña y peligrosa enfermedad había surgido de la nada y ya estaba afectando a cientos de personas. El personal de la guardia nacional pronto instaló una cerca de seguridad con el propósito de



restringir aún más el tránsito de personas y así reducir el riesgo de contagio. La salida del campamento estaba ahora absolutamente prohibida. Por su propia seguridad, todos debían permanecer dentro de los límites establecidos. Esto había enardecido los ánimos de todas las personas refugiadas, pues todo lo que deseaban era marcharse para retomar su vida después del desastre.

Kiara había tratado de obtener información sobre el peligro que la enfermedad representaba para la gente, pero el personal médico se mostraba reacio a hablar sobre el asunto, limitándose a decir que el problema estaba bajo control y que no había motivos para alarmarse. Sin embargo, algunos rumores en el albergue aseguraban que se trataba de una enfermedad contagiosa y cien por ciento mortal. Una atmósfera de desconfianza e incertidumbre sobre el futuro se respiraba entre los refugiados. Kiara sabía que varias personas habían sido hospitalizadas en una zona restringida a la cual nadie tenía acceso; días atrás, estas personas empezaron a mostrar ciertos síntomas desconcertantes para los médicos, como la súbita pérdida del equilibrio o vómitos acompañados de leves convulsiones. Cada día preguntaba a los demás refugiados si sabían algo sobre las personas hospitalizadas, pero rara vez se enteraba de algo nuevo, los militares eran absolutamente herméticos en cuanto a divulgar información acerca de la epidemia que la ciudad estaba sufriendo.

Esa mañana se había sentido más intranquila que de costumbre, como si una extraña angustia que no comprendía se estuviera apoderando de ella. Siguiendo su instinto natural de supervivencia y un impulso desconocido, se dirigió a las cercanías de la zona restringida; tenía que averiguar qué estaba sucediendo. Se había acercado hacia la cerca perimetral que dividía el albergue para mirar a través de una rendija y lo que vio le congeló la sangre. La guardia militar se había

percatado de su presencia de inmediato y la había obligado a retirarse por la fuerza, no obstante, había observado suficiente para sentirse sumamente preocupada.

Kiara estaba terminando de enjuagar su ropa cuando escuchó aproximarse a alguien. Era Shawn que corría emocionado a encontrarse con ella.

—¡Kiara, Kiara! —exclamó él al verla.

—¿Qué pasa?

—¡Mis papás están vivos! —gritó Shawn emocionado—. ¡Están vivos!

Kiara lo abrazó emocionada y le pidió que se explicara. Shawn había pasado días pidiéndoles a los militares información sobre el registro de sobrevivientes en los otros albergues sin conseguir nada. Por fortuna, un grupo de personas había sido trasladado de un albergue cercano y entre ellos se encontraba un amigo de la familia que había sobrevivido al desastre y que le aseguró que los nombres de sus padres y hermanos aparecían en el registro de entrada y salida del albergue del que provenía. Habían permanecido un par de días ahí para luego abandonarlo antes de que se hubiese decretado la cuarentena.

—Estoy seguro de que están con mis tíos en Sacramento —le dijo Shawn emocionado.

—Perfecto, Shawn —respondió Kiara tomándolo por ambos brazos—. Me alegro mucho por ti. Seguramente están mejor que nosotros ahora.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Shawn—. Nosotros estamos bien aquí.

Kiara lo miró directo a los ojos y le pidió que la escuchara con atención.

—Esta mañana fui al bloque que separa el albergue de la zona restringida y pude ver un helicóptero militar muy grande aterrizando cerca del hospital. Luego vi bajar doctores

que llevaban puestos trajes de protección biológica. Entraron a donde se encuentran los enfermos y sacaron varias bolsas negras de ésas que se utilizan para transportar cuerpos humanos.

—¿Cuerpos humanos? ¿Qué estás diciendo? —le preguntó Shawn—. ¿Que la gente se está muriendo aquí en el albergue ahora mismo?

—Eso es exactamente lo que te estoy diciendo —respondió Kiara con voz nerviosa—. Algo extraño está sucediendo, créeme. Los militares no abren la boca y tampoco nos han dicho cuándo podremos salir de aquí. Hace días que no nos dejan ver las noticias del terremoto. Nos están ocultando algo.

—Pero, ¿por qué habrían de ocultarnos información? Si estuviéramos en peligro, simplemente nos trasladarían a otro lugar. Creo que te estás equivocando, seguramente esos cuerpos eran de personas que se murieron en el terremoto.

—¿Y qué hay de esos trajes de protección biológica? —repuso Kiara—. ¿Porqué están trasladando a las personas enfermas a ese lugar? Yo no he visto que alguno de los enfermos regrese, ¿a dónde se los están llevando?

—Son sólo medidas de protección —respondió Shawn con su habitual seguridad—. Te apuesto que te equivocas, los enfermos han de seguir en el hospital. No entiendo por qué te empeñas en pensar negativamente, no corremos ningún peligro aquí. En unos días nos dejarán ir y nuestra vida volverá a la normalidad, ya verás.

Kiara miró a Shawn. Siempre que le hablaba sobre sus sospechas, él se limitaba a contradecirla para después aleccionarla como si se tratara de su hermana menor.

—Espero que tengas razón —respondió Kiara mirando a su alrededor con desconfianza—. Pero yo no me siento bien aquí. ¿Por qué no nos dejan salir? Todos quere-



mos regresar a nuestra vida normal, y yo ya no soporto un segundo más en este lugar. Nos han quitado nuestra libertad.

—Ya te dije que sólo son medidas precautorias, como hacen en todas las epidemias. Tienes que tranquilizarte y dejar que pase este lío. En menos de lo que te imaginas vamos a estar lejos de aquí, ya lo verás. Ahora olvídate de eso y vámonos a comer.

Kiara tomó su ropa y ambos se dirigieron al comedor comunitario del refugio, donde una larga fila de personas esperaba que empezaran a servir la comida. Se formaron en la fila, después de varios minutos recibieron sus raciones y se sentaron junto a otras personas en una larga mesa. La mayoría de la gente comía sin hablar. En el ambiente se respiraba tensión e incertidumbre hasta que un hombre maduro rompió el silencio.

—¿Hasta cuándo vamos a tener que quedarnos en este lugar? —dijo golpeando la mesa con el puño—. Estoy harto de sentirme como prisionero en este maldito albergue. ¡Quiero largarme ahora mismo de aquí!

Todos los presentes se le quedaron viendo pero ninguno se atrevió a hacer algún comentario. Kiara miró a Shawn fijamente como sugiriéndole que se sentaran en otro lugar más tranquilo, pero él hizo caso omiso y en cambio enfrentó al hombre diciéndole:

—A todos nos urge irnos de aquí. Usted no es el único.

—¿Y qué demonios esperamos para largarnos? —respondió el hombre alzando la voz y haciendo un ademán de impaciencia—. El ejército no puede mantenernos aquí en contra de nuestra voluntad, debemos unirnos y escapar cuanto antes.

La voz del hombre llamaba la atención de las mesas vecinas y algunos murmullos empezaban a escucharse a lo largo del comedor.



—No podemos irnos de aquí sin permiso del ejército —comentó Shawn mirando a los presentes—. Además no sabemos nada sobre la epidemia, podría ser más peligroso allá afuera. Ni siquiera tenemos coches.

—El ejército tiene autos —dijo el hombre—. Tomemos los autos y larguémonos de aquí. No pueden mantenernos como prisioneros, tenemos nuestros derechos.

La gente de las mesas vecinas escuchaba la conversación y empezaba a discutir sobre abandonar el albergue. La discusión se extendía con rapidez de una mesa a otra y el ánimo de los presentes comenzaba a acalorarse. Dos guardias del ejército que custodiaban la entrada al comedor se percataron de lo que sucedía y utilizaron sus radios para informar a sus superiores. Kiara se levantó de su lugar y tomó a Shawn por el brazo.

—Vámonos de aquí —le pidió al tiempo que lo jaloneaba para que la siguiera.

Shawn no se movió de su lugar. Ignoró a Kiara y se dirigió a todos los presentes.

—La ciudad está en ruinas. Aunque contáramos con los coches, sería imposible circular por las calles. Hay que tener paciencia y esperar a que todo se calme. Además, el ejército está patrullando toda la ciudad, si nos encontraran en la calle, nos traerían de regreso de inmediato.

La discusión había tenido efecto sobre los presentes y ahora todos se levantaban de sus lugares alzando la voz. La atmósfera de silencio había desaparecido y ahora toda la gente discutía y lanzaba gritos en apoyo de una y otra propuesta. Decenas de personas se levantaban de sus lugares para expresar su inconformidad. Kiara empezaba a desesperarse y seguía sujetando a Shawn del brazo pidiéndole que se marcharan, pero él seguía discutiendo y no le prestaba atención alguna.

De pronto una mujer sentada al lado de Kiara se paró y empezó a producir unos extraños sonidos guturales al tiempo

que su abdomen se contraía. Kiara volteó pero no pudo reaccionar cuando la mujer vomitó sobre la mesa salpicando a todos los presentes, después se desplomó en la silla y empezó a convulsionarse. Otra mujer, que estaba sentada enfrente, pegó de gritos histéricos al tiempo que los demás empujaban las sillas y se alejaban de la mesa asustados.

Kiara se miró la mano y casi devuelve el estómago también al darse cuenta de que parte del vómito de la mujer había caído sobre ella. Al ver que la mujer seguía temblando, exclamó:

—¡Llamen rápido a un doctor!

Shawn corrió hacia la salida del comedor para regresar al cabo de unos minutos acompañado con personal médico. Atrás de ellos, dos guardias con una camilla portátil se abrían paso entre la multitud. Uno de los médicos examinaba con detenimiento los ojos de la mujer mientras otro colocaba un aparato para medir su presión arterial. Colocaron a la mujer en la camilla, su cuerpo sufría espasmos y todos los presentes observaban horrorizados. Personal del ejército entraba al comedor y trataba de calmar el ánimo de la gente. Kiara y Shawn salieron atrás de los médicos y vieron que subían muy de prisa a la mujer a un vehículo para dirigirse hacia la zona restringida.

—¡Te lo dije! —exclamó Kiara—. Están llevando a todas las personas con esos síntomas hacia el otro lado del albergue. Algo está sucediendo aquí y los militares no nos dicen una sola palabra.

—Ya te dije que sólo son medidas de protección —repuso Shawn—. Se están llevando a los enfermos para que la gente no se altere y comience a sentir pánico. Es completamente normal en estas condiciones. El albergue es el lugar más seguro que hay y los militares saben cómo controlar estas cosas, así que nada malo puede pasarnos mientras sigamos aquí...

Shawn no terminaba de hablar cuando unos gritos escalfriantes desde el comedor llamaron su atención. Un grupo de personas empujaba hacia afuera de manera violenta a los guardias que custodiaban el acceso. Las personas enardecidas salían gritando del comedor y empezaban a intimidar a los militares que trataban inútilmente de contenerlos. Conforme se acercaban, Kiara caminaba nerviosamente hacia atrás. El ambiente se estaba saturando de violencia y los guardias comenzaban a amenazar a los inconformes con sus rifles.

—¡Vámonos de aquí! —le gritó Kiara a Shawn, que permanecía impávido observando a la multitud.

Los dos se alejaban del lugar sin dejar de mirar cómo un tumulto exigía a los militares poder abandonar el albergue. Tres vehículos que transportaban a personal de la guardia nacional se acercaron a toda prisa, una sirena de alerta comenzó a sonar y Kiara sintió como si en realidad se tratara de un motín de presos. Los soldados bajaban armados con escudos y comenzaban a golpear a la gente para que se dispersara, pero el barullo no cesaba. Los rumores sobre la enfermedad mortal que sufría la ciudad estaban haciendo su efecto y la gente no estaba dispuesta a permanecer encerrada por más tiempo. El grupo comenzó a avanzar hacia la salida del albergue arrollando a los pocos soldados que trataban de cerrarles el paso.

Decenas de personas llegaban desde todas las direcciones y se unían a los gritos de protesta mientras el grupo principal seguía avanzando. Los militares no lograban contener a los más violentos, eran derribados al suelo y golpeados. Kiara no daba crédito. El gentío había caído en pánico de contagiarse de la enfermedad. Más vehículos militares llegaron a la zona de conflicto y de pronto sucedió lo inevitable: se detonaron granadas de gas lacrimógeno justo en los lugares en donde se concentraba la muchedumbre. Kiara y Shawn

miraban horrorizados cómo la gente huía del gas. La multitud comenzaba a dispersarse y las granadas seguían detonando cada vez más cerca de donde ellos se encontraban. Shawn tomó a Kiara de la mano y salieron corriendo hacia los dormitorios para que el gas no los alcanzara. Mujeres, niños y familias enteras salían a observar lo que sucedía. Muchos caían al suelo y eran arrollados por la muchedumbre que huía de los gases. Otros seguían en pie de guerra lanzando piedras, y todo tipo de cosas que encontraban, contra los vehículos de los militares. Éstos, a su vez, respondieron a la agresión abriendo fuego con sus rifles.

El albergue entero estalló en pánico cuando sonaron las ráfagas de los rifles automáticos surcando el aire con balas de goma. Las mujeres comenzaban a llorar y todos se tendían en el suelo por miedo a que los alcanzara una descarga. Shawn miraba impresionado cómo las personas eran alcanzadas por las ráfagas y soltaban agudos gritos de dolor. Tumbó a Kiara al suelo aun con el riesgo de que la gente los pisara. El ejército estaba teniendo éxito en su empresa. De pronto las sirenas de alerta dejaron de sonar y una voz empezó a hablar a través de los altavoces, ordenando que todos se tiraran al suelo y permanecieran quietos. Kiara y Shawn obedecieron enseguida, al igual que los demás manifestantes. Al cabo de unos minutos, un silencio sepulcral inundaba el campamento de refugiados y lo único que podía escucharse era el movimiento de vehículos militares así como el pesado andar de las botas de los soldados. Después, personal del ejército, portando máscaras anti gas, ordenaba poco a poco a grupos de gente que se levantaran y se metieran a los dormitorios. Kiara se sentía aterrada por lo que estaba sucediendo, uno de los soldados la tomó por el brazo y le ordenó que siguiera a los demás.

Shawn la siguió y los dos se acurrucaron en el rincón que días antes habían improvisado para dormir en un pequeño



## EL RETORNO DEL AH KIN

colchón que les facilitaron. Habían colgado unas cobijas de manera que los separaran de donde dormían los demás refugiados. La situación era desesperada. Su destino era incierto.

—Estamos perdidos —dijo de repente Kiara, pero Shawn no respondió.

Se escuchaban murmullos alrededor de los dormitorios, mucha gente lloraba y algunos niños estaban gritando; el ambiente era terrible. Pasaron más de dos horas sin que Kiara y Shawn se atrevieran a salir de su sitio y poco a poco la desesperación comenzó a apoderarse de ellos.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Kiara.

—No lo sé —respondió Shawn, cortante.

—No podemos permanecer aquí por mucho tiempo —añadió Kiara—. Esto apenas es el inicio de la violencia.

Shawn se paró de su lugar y empezó a caminar de un lado a otro con desesperación.

—¿Y qué demonios quieres hacer? No podemos salir de aquí, eso lo sabes.

—¡Tenemos que intentarlo! —exclamó Kiara—. ¿Por qué nunca me escuchas? ¡Maldita sea! Te advertí que estábamos en peligro en este lugar.

—El campamento está vigilado por cientos de soldados. ¿Qué no te das cuenta? —respondió Shawn claramente exaltado—. ¿Quieres que nos disparen también a nosotros?

Kiara no sabía qué responder, estaba consciente de que en los casos más extremos la policía y el ejército utilizaban balas de goma para dispersar a los manifestantes. Aun así, exponerse a las ráfagas de sus rifles era simplemente aterrador. Descorrió una de las cobijas para mirar hacia el pasillo principal, donde se encontraban alineados los catres del dormitorio común. La mayoría de la gente se encontraba sentada sollozando, algunas mujeres abrazaban a sus hijos, que seguían llorando a lágrima abierta. Kiara sintió un nudo en la





J . L . M U R R A

garganta ante tal escena de dolor y frustración. Todos estaban en riesgo de caer enfermos en cualquier momento, pero no podían hacer nada al respecto, salvo esperar y rezar para no contraer la enfermedad. Soltó la cobija y volvió a acostarse en el colchón, entonces sus ojos se llenaron de lágrimas. Preocupada por la incertidumbre, trataba de ganar fuerzas para idear una forma de huir. Sus diferencias con Shawn se habían hecho evidentes durante esos días, no dejaban de pelear sobre lo desquiciante de su situación y empezaban a distanciarse poco a poco.

—Por favor deja de llorar —le pidió Shawn—. Vas a hacer que me deprima más.

Kiara le dio la espalda y siguió sollozando por largo tiempo tendida sobre el colchón hasta que logró desahogarse. Ahora la preocupación había pasado a un sentimiento de desesperanza y aceptación de su lamentable circunstancia. Permaneció quieta por un tiempo que le pareció interminable y su mente fue vaciándose poco a poco de todo pensamiento. El estrés la había extenuado y su cuerpo se rendía con lentitud ante el tremendo cansancio. Trató de articular unas palabras antes de caer rendida y todo lo que pudo decir fue:

—No quiero morir aquí.

Sus hinchados ojos se cerraron y el agotamiento físico terminó por vencerla. Su conciencia fue hundiéndose en un abismo y cayó rendida en un profundo sueño.

